

PAN DE ÁNGELES

Pablo Andrés Escapa

A los buenos oficios de Melquiades Brañuela, jefe de cocina de la Compañía Transatlántica de Barcelona, y, según cierta prosa apasionada, valedor de la grafía *consommé* frente a *sopa* en las tarjetas de menú distribuidas a bordo, debemos el episodio que ahora se divulga. Entiéndase lo de buenos oficios en su contexto, que fue el de una nochebuena del año de 1900 a la altura del golfo de Martabán. Y no se descuide la sospecha de que una inspiración sobrenatural lo guiara en su afán por hacer cierta la filacteria, tan enredada en ángeles pascuales, que predicaba paz en la tierra sobre una pared del comedor.

Brañuela, cuyos *Menudeos filipinos* (1899) aún concilian en el asombro al antropólogo, al espiritista y al mero buscador de literatura evasiva, navegaba aquel año al frente de los fogones del vapor *Isla de Luzón* administrando especias y encurtidos, bujías y útiles de hoja de lata, fresco y menudencias con exquisita economía. Los testimonios del pasaje coinciden en celebrar su sobria mano a la hora de esculpir borduras comestibles en las fuentes y la condición de adalid de una escuela culinaria, hoy añorada, nacida de la franqueza. «Clarificar, señora mía, un *consommé* es ponerlo claro», recuerda esta admonición la baronesa Milita Redonet en las nostálgicas páginas de *La mar salada* (1910). A la baronesa, comensal asidua del *Isla de Luzón* en la derrota de Manila y mujer sensible a los secretos del alma, le conmovían las maneras directas, quizá bruscas, del jefe de cocina y su justo punto de afrancesamiento en la redacción del plato del día, un hábito, juzga ella, encubridor de una naturaleza nada simple y acaso torturada. En apoyo de esta conjetura, nos cuenta también que Melquiades, al frente de la cocina flotante que regía con mano de hierro, había hecho grabar como divisa rectora de sus oficios la consigna «¡Propreté!, ¡Propreté!».

Según lenguas exaltadas por el viaje asiático, Melquiades fue atinadísimo catador de fruta exótica, que oportunamente admitía en el menú de *premier ordre* para regocijo de la baronesa y otros selectos paladares abiertos a la exploración. Entre *balotines* de *volaille* y huevos a la zapatera con zócalo de miga, algo se le escurre a Milita de la bibliofilia de Brañuela («manía de leer todo lo que encontraba», tiene a bien la autora resolver para el profano). Digamos que como tantas recetas soñadas, la biblioteca de Melquiades Brañuela tuvo un soberbio fin y acabó siendo del mar, que es como decir de la memoria fabulosa.

Las atribuidas devociones exóticas y las ciertas bibliográficas llevaron al cocinero mayor de la *Transatlántica* a visitar Londres con frecuencia. «Por aquellos años —evoca una Redonet orgullosa en su condición privilegiada de testigo— convivían en la ciudad del Támesis, como naturales de un mismo suelo, la pulpa sedosa del mangostán y el *Libre del Coch* del maestro Robert, que otro maestro de los fogones, Melquiades Brañuela, se empeñó en adquirir pese a mis advertencias contra la pobre limpieza del ejemplar, notablemente pringoso y lleno de apuntes».

El Doctor Thebussem, en carta dirigida al conde de las Navas cuando éste era bibliotecario de Su Majestad, duda del testimonio de la baronesa Milita. Tras un

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

apremiante *Fiat iustitia* a modo de encabezamiento, no vacila en sostener que la dama estuvo ausente de la tienda del anticuario, al tiempo que postula que el libro adquirido por Brañuela hubo de ser un rarísimo superviviente de la edición barcelonesa de Carlos Amorós. Traicionado por sus gustos culinarios, Thebussem sazona la carta de apetecibles condimentos que acaban por componer un texto sabroso en demasía, sin duda tentador para el paladar del bibliotecario real. En definitiva, el Doctor Thebussem guisa para el conde de las Navas la noticia de un dudoso ejemplar de cincuenta y siete folios, impreso en 1520, y con márgenes poblados de noticias procedentes de algún manuscrito de Sancho de Jarava, trinchante mayor de don Juan II de Castilla. Con no menos imaginación concluye denunciando que la baronesa había de estar perdidamente enamorada de Melquiades, dado el afán por «clarificar» –sensu notato– la librería del amado de turbias compañías bibliográficas.

Ya es hora de decir que ni la memoria de la baronesa ni la erudición del Doctor Thebussem –que inventa el episodio por el simple gusto de erigir un libro curioso– hacen justicia a la personalidad de Melquiades Brañuela. Y si la librería que reunió al amparo de sus navegaciones hubiera de ser noticia de su alma –según ha pretendido ingenuamente cierta página del anuario *Fogón a Flote*–, mucho nos tememos que acabaríamos sumidos en otro caldo vistoso pero inútil. ¿Cómo comulgan –nos preguntamos– las elaboradísimas composturas de Ruperto de Nola, el *Epulario* de Rosselli, las ollas reverendas que Marx Rumpolt sometía al paladar de la reina de Dinamarca y la canela que corre a espuestas por *Le Pâtissier* pittoresco con la única declaración culinaria que podemos atribuir sin sospecha de falsedad a Brañuela? Y la sentencia es tan reveladora de la desnudez –verbal y culinaria– practicada por el cocinero que el lector podrá deducir por su cuenta cuán lejos está Brañuela de la lujosa biblioteca por la que se le juzga. «Nuestra mayor aportación a la cocina ha consistido en engañar el hambre llenándose de orgullo». Esto lo dijo Melquiades a bordo del *Isla de Luzón* un veinticuatro de diciembre de 1900. Y con tal proclama vino a zanjar una disputa muy agria entre dos comensales que le resultaba particularmente molesta en fecha tan evocadora de paz universal.

La memoria de esta anécdota, que juzgamos más acorde con la verdadera naturaleza de Brañuela –la que puede reconocerse entre líneas de *La mar salada*, cuando la baronesa baja la guardia de su imaginación frívola–, se debe a un oscuro viajero que cenaba solo en la mesa vecina de los disputadores. Nos dice el testigo que fue recién apurado el caldo –y nótese que ni siquiera la fecha sagrada sirvió de excepción al menú más depurado de Brañuela, pero citado en esta fuente por el nombre que probablemente él le daba–, cuando surgieron las voces opuestas. Un vizcaíno y un malagueño disputaban sobre la geografía más virtuosa de España a la hora de comer cumplidamente. Y lo hacían con un apasionamiento –se nos dice– «que daba risa, si no fuera porque había cuchillos afilados sobre el mantel». Vino a poner orden en el comedor el propio jefe de cocina, que se acercó desanudándose el delantal y descubriéndose de gorra marinera. Tras dar un manotazo en la mesa que hizo vibrar la cristalería, anunció que el único que opinaba de alimentación a bordo era él. El vasco hizo por levantarse pero Brañuela lo sentó de un empujón. Los grandes cocineros, ya se sabe, siempre se distinguieron por su vena colérica. Nuestro testigo, en ese momento, se sirvió un vaso de agua y se acomodó de medio lado por mejor contemplar la escena, que acaso ya consideraba digna de anotarse.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

Brañuela pronunció entonces su sentencia ecuménica, que hermanaba a todas las cocinas de España a la hora de engañar el hambre y de disfrazar la necesidad con orgullo. Y añadió que en ese acuerdo llevábamos ventaja a todos los pueblos, que venía de muy atrás el hábito. Todo el comedor guardaba silencio. Entraba el sonido del mar por alguna claraboya abierta y el cielo índico estaba lleno de estrellas que parecían también suspensas de las modestas zozobras que se desenvolvían a bordo del Isla de Luzón. «De manera –prosiguió Melquiades– que no viene al caso discutir qué villa ni qué plaza de la lejana España se sirve mejor del agua y del pan de cada día, que todas andarán parejas en jurar que su agua es la que mejor consuela y su pan el de más regalo al paladar. Y mucho menos en noche como ésta, que es del misterio».

Tales son las palabras que el atento vecino de mesa atribuye a Melquiades Brañuela la nochebuena de 1900. Y poco parecerán, la verdad, cuando se ha sembrado el camino previamente de un singular interés por episodio a la postre tan nimio. Pero el caso es que no han faltado voces autorizadas en la «clarificación», diríamos, de este extraño discurso. Voces como la de don Marcelino Menéndez Pelayo, que apela a la celosa observancia española de la vigilia como trasfondo del pasaje. ¿Qué mejor consuelo para engañar el hambre que empacharse de virtud y redención un año y otro?, viene a decirnos nuestro intérprete de letras heterodoxas más universal. Porque don Marcelino, sobrepuesto acertadamente a las impresiones mundanas de la baronesa –refutada hasta con júbilo en una epístola a Valera–, tiene a la cocina de Brañuela por quintaesencia de los valores nacionales representados más por la precariedad que por la propreté. Con todo, el erudito montañés se engaña en el alumbramiento del pasaje. Digamos en su defensa que conocía las palabras de Brañuela no por el testimonio del vecino de mesa que hoy recuperamos, sino por el parte de incidencias del propio cocinero, redactado a petición del contraamaestre, un documento conservado hoy en el Archivo del Museo Marítimo de Barcelona. Brañuela fue parco y cierra su informe diciendo que tras su breve discurso quedaron los ánimos de los comensales dispuestos para continuar la cena con el espíritu fraterno que cabe exigir en la noche que nació nuestro salvador. Pero hubo más que esa restauración moral a costa de vindicar frugales alimentos que don Marcelino corrió a interpretar católicamente. Hubo palabras más largas, y acaso tocadas por la gracia, que debemos al discreto bebedor de agua que cenaba solo a bordo del Isla de Luzón aquella nochebuena.

«El andaluz y el vasco no acababan de conciliarse ni por el buen sentido de ir juntos contra el cocinero que les obligaba a seguir escuchando sentados. Y por amigar pueblos y no consentir mesas rivales en un comedor tan del mundo, la palabra de Melquiades acabó buscando el apólogo», se nos cuenta en esta inesperada prolongación del parte de incidencias. Por lo visto, el cocinero dejó caer sobre los manteles uno de esos ejemplos que ofrece la historia para edificación de las pequeñas miserias cotidianas. Elevando la voz para que oyeran todos los comensales, anunció una historia que venía escrita a mano en la guarda de un antiguo diccionario inglés de su propiedad. El ejemplar, como el resto de la biblioteca de Melquiades Brañuela, es texto submarino desde 1910 por causa de un tifón aún recordado en el mar de China. Pero así es como viene a saberse que el agua y el pan airadamente citados no son vigilia de un viernes de precepto, sino el recuerdo de la triste ración que un grupo de prisioneros españoles, náufragos de la Armada Invencible, se repartían una Navidad de 1588 en la Torre de Londres.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

Allí compartían oscuros presagios, según la nota del diccionario, un Pedro Díaz, natural de Toledo, y un Enrique Maldonado, de Granada; un don Payo Paiva de nación gallega y un licenciado Gil, de Alcalá; un Pascual de Salamanca y un tal Guzmán Luengo, maragato, y así hasta medio centenar de cautivos. Todos contendían en mostrarse satisfechos con su suerte por no ceder en la humillación ante el enemigo que los había ya doblegado sobre el mar. Se confiaba en cartas enviadas a España que debían procurar ducados redentores y en figurarse el abrazo familiar, los paisajes recobrados y el banquete del regreso. Para negar el hambre se llegaba a prescindir del aborrecible pan arrojado desde una portilla. La humedad que criaba sapos y el aire de hielo se templaban con diálogos corteses, de tanto mérito en aquellas circunstancias, que llamaron la atención del señor Richard Percyvall, secretario de la Corte de visita en la Torre.

Percyvall era hombre familiar de las letras españolas y lo empeñaba por aquellos días la escritura de un diccionario que diera a conocer en Inglaterra la lengua del enemigo. Tan apacible le pareció el tono de las conversaciones que le llegaron a través de una tronera, que quiso poner las mismas cortesías por escrito y llenar páginas de su diccionario con la vida que parecía sobrarles a los prisioneros. Tenía el inglés ya apartadas alegrías procedentes de la Diana de Montemayor y pesares de Lázaro de Tormes, sabidurías de Marco Aurelio y violencias de Ercilla pero ninguno de esos graves ejemplos le pareció de tanta frescura y tan gran verdad al oído como los coloquios que traspasaban el muro: «¿Tenéis frío, don Pedro?» –preguntaba uno–. «Un cerceganillo entra por la ventana que corta las narices», volaba la réplica. Y de otra parte se alzaba una voz para saber: «Y la merced de don Guzmán, ¿qué es lo primero que hará en tornando a España?». «Lo primero –se daba por respuesta– ir a la iglesia, que por oír misa ni dar cebada, no se pierda la jornada».

Es de creer que el señor don Percyvall quedara no menos impresionado por los admirables coloquios salidos de la mazmorra que los comensales del Isla de Luzón al oír el caso trescientos años después. Y eso que la noche estrellada en la bahía de Martabán, con sus guñeos de hogueras en las playas, el cielo sereno y los tambores invisibles que trae la brisa, parece hecha para esperar milagros. Pues milagro había de ser lo que escribe nuestro bebedor de agua, que el pasaje, habitualmente bullicioso ante la mesa, había dejado de comer porque todo eran oídos atentos a la suerte de aquel cautiverio remoto que iba contando el cocinero. De fiarnos del comensal solitario, acaso más sensible a las emociones del ánimo por esa condición huérfana en noche creada para compartir mantel, el vasco y el malagueño casi se miraban entre lágrimas cuando Melquiades dejó correr jornadas sin que llegara rescate y pasó a la parte de la relación donde se decía que, de orden de Su Majestad la reina, se echaran suertes entre los prisioneros para ahorcar a los cinco que peor la tuvieran.

Melquiades no ahorró los nombres condenados pero los fue administrando entre silencios. Allí, delante de las inútiles tazas de caldo, sonaban los Alonsos y los Giles, los Guzmanes y los Pedros como viejos amigos a los que acongojaba no poder llevar socorro. A los señalados por el infortunio se les concedía la gracia de un convite a expensas de la corona, que la reina de Inglaterra no quería pecar de inclemencia en Navidad. «Por sembrar discordia general –siguió el cocinero–, a los cinco penados se les brindó un banquete con las ceremonias propias de Italia, la curiosidad de Francia, la abundancia de Inglaterra, la parsimonia de Flandes en las pláticas y un punto de la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

humedad tudesca en los aliños». Pero los señalados para morir vinieron a dar la razón a Melquiades cuando se negaron a comer de todos esos extremos, tan lejos, dijeron, de la compostura media que se usa en España y en la casa de cada uno en particular. Y volviendo la espalda al mensajero, tornaron a despedirse de los demás cautivos, pero no con lamentaciones, sino haciendo un coloquio que era como de caballeros amigos, sentados juntos a cenar en buena mesa, un banquete muy sabroso de dichos agudos y, a falta de alimento, muy versado en discutir sazones, órdenes de platos y componendas de ollas, para acabar jugando triunfos a las cartas y un rato después, perdido hasta el dinero del rescate nunca visto por los que arriesgaron más, rehacerse con el reto tentador de una voz que propuso convidar a vino de Toro a quien tosiera, lo cual valió para arrastrar más toses que en un sermón de Cuaresma, y un «¡válame Dios, pero qué resfriados estamos todos!» que levantó una algarada general y trajo a los carceleros hasta la puerta con sus picas de dar golpes en demanda de silencio, una urgencia que no halló conformidad sino cuando otra voz de las del convite dijo que, sin ser su intención, había echado el salero por tierra al tender el brazo para brindar. Por un momento quedaron sueltas unas risas en el aire, como llamas sin dueño prendidas del anuncio, hasta que amainó del todo el fuego nacido del vino ausente. «Caer por tierra es el agüero del cautivo», replicó uno mirando la supuesta sal vertida. «En eso de andar rodando, cautivos somos todos», terminó otra voz con el convite. Junto a la tronera, el señor Percyvall, no se bastaba a recoger ejemplos para su diccionario.

«El silencio que se impuso en la mazmorra dejó al caballero Percyvall con la pluma suspensa del aire», escribe el observador solitario. Y parece que continuara por su cuenta la relación que Melquiades decía haber hallado manuscrita al fin de un antiguo libro nacido para ordenar palabras. «No volvió a bajar la mano al papel –sigue diciéndonos– hasta que de la tiniebla en que paraban las voces de la Torre de Londres llegó otra voz para pedir a don Payo y a don Enrique, y a los demás que habían de resignarse a la horca, que reparasen en la curiosidad de la mesa que habían compartido». Eran las trazas de las servilletas lo que se pedía ver, bordadas con mucha galanura, como redención nueva en medio de los despojos del banquete. «Aquí veo yo una galera que no le falta más que la chusma y palamenta». «A mí me tocó en suerte el escudo de Hércules». «Pues acá se pinta un caballo, tan bien parecido que no ha de ser sino el de Troya», se fueron animando las visiones. Son coloquios ilusionados que pueden reconocerse ahora en unos Pleasant Dialogues in Spanish and English impresos en 1599 que ponen broche de oro al Dictionarie de Percyvall. «Entonces», prosigue el hombre que cenaba a bordo sin compañía, «hubo una voz que sonó distinta a las demás, como de nuevo mundo, una voz que hubo de arrebatar todos los ojos hacia su palabra, entretenida en describir con dulcísima música de sílabas una servilleta en la que se veía a un ángel llevando de la mano una cuerda de cautivos. Subían llenos de blancura por una escala coronada de estrellas, y en medio de aquellos albores que parecían cegar en la torre oscura, la aguja había bordado con paso delicadísimo la estampa de un niño dormido, pendiente de la luz que alumbraba el ascenso de los hombres».

Nuestro testigo vuelve al comedor del Isla de Luzón para dar otro sorbo al agua y describir el rostro de Melquiades Brañuela tras el discurso. Quiere pintarlo transfigurado, mirando hacia las playas encendidas del mar nocturno. Algunos comensales lo imitan en la búsqueda del horizonte de hogueras. Hay manos que se unen bajo las mesas y miradas de agua. «Sigan con la sopa», pone nuestro mensajero en boca

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

de Melquiades antes de hacerle salir del comedor. Y queda la noche entregada a un regocijo manso de sorbos de cuchara y conversaciones conmovidas.

Esto es lo que cuenta Gabriel Ángelico, tal vez Angélico, en una página de su Libro de las anunciaciones. De haber estado a bordo aquella noche la baronesa Redonet, es seguro que nos veríamos ahora inundados por otra luz, quizá más clarificadora en lo que respecta a la composición del consommé servido. Hemos de resignarnos a esa pérdida. Consolémonos –y no es poco– con haber alcanzado la cita de Angélico, que es escritura extraña de ver, como han de ser los ángeles que comparten cautiverio, o los que por nochebuena cenan solos, casi imperceptibles sobre un mar lejano.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 47 (octubre-diciembre, 2006)

Copyright ©



PATRIMONIO
NACIONAL

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca. Depósito legal: M-1496-1996.